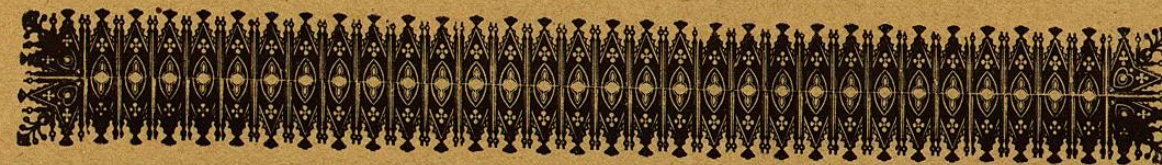


mos del espíritu, como las aguas derretidas de las nieves, arrastradas por los ríos y por los torrentes, caídas de las nubes, impulsadas por los declives de la tierra, llenan con sus ricos caudales y sus agitadas ondas los abismos del mar. Las sectas cristianas, que han querido guardar á Cristo muerto en las estrecheces de su liturgia, se parecen á las pobres mujeres judías que buscaban á Cristo en el sepulcro de Jerusalén, cuando Cristo había resucitado por haberse convertido en la luz viva del espíritu. El Cristo que habéis querido enterrar, escribas y fariseos, en los potros del tormento, en la ergástula del esclavo, en la horca del castillo, en los tronos de la casta, ha resucitado en la razón libre y en la democracia progresiva y en los derechos humanos, y en la República universal. Compadezcamos á las Iglesias que no comprendan esta metamorfosis, porque ciegas hoy en sus supersticiones, mañana se verán destruidas en el mundo y abandonadas del espíritu, que así lo ha dispuesto el movimiento eterno de la idea religiosa.



## CAÍTULO DÉCIMO

La pedagogía republicana y la ortodoxia protestante

RENTE á la crítica racionalista se planteaba la apología protestante. Una escuela entera de apologistas, compuesta por numerosos escritores, atacaba furiosamente á la escuela de los críticos. En esto, como si la obra capital del siglo décimo-octavo fuera sembrar una idea, dejando á otro siglo que la fecundase, muere Federico II, y con él muere la tolerancia. Su sobrino Federico Guillermo II le sucede. La estrechez sucede á la grande amplitud de miras; la intolerancia sucede al espíritu humanitario; la rutina sucede á la idea; un rey de pacotilla sucede á un rey del espíritu; un oficinista sucede á un héroe: supersticioso protestante, que quiere llevar el protestantismo por los medios burocráticos hasta las últimas conciencias á un filósofo que deja las ideas esparcirse, mezclarse, combatir, formar las grandes combinaciones químicas de la vida intelectual, tener la misma espontaneidad que en su obra creadora tiene la naturaleza. Y los apologistas protestantes no aconsejan otra cosa más que la lectura de la Biblia. Nunca he podido comprender cómo los pueblos protestantes de Europa retardan tanto su entrada en la República. Muchas veces, en mis reflexiones sobre la Historia, he pensado con detenimiento y madurez sobre la vivacidad con que comprenden y la rapidez con que realizan los pueblos latinos las más avanzadas ideas, sobre todo en la esfera política. Aquí se conjuran todos los elementos para tener á los pueblos en completa ignorancia. En mis viajes por Suiza lo que más me maravillaba era la cantidad de ideas liberales que allí descenden desde los púlpitos, mezcladas con los aromas de las ideas religiosas y

de sus eternas esperanzas. Cuando escuchaba en la iglesia de San Pedro, en Ginebra, un sermón lleno de evocaciones al espíritu del siglo, al genio de la libertad, al Dios del Evangelio, libro y código de las democracias, involuntariamente pasaban por mi memoria los sermones oídos en la parroquia de mi pueblo, llenos todos ellos de amenazas, de terrores, de pinturas del infierno, de la retórica propia para apocar los ánimos y precipitarlos en el abatimiento y en la desesperación que al cabo engendran la servidumbre de la conciencia y del alma. Si los pueblos latinos supieran leer; si, por obligación, tuviesen que hojear á lo menos todos los domingos, las páginas de la Biblia, en vez de oír las salmodias de sus sacerdotes en lengua extranjera é ininteligible, ¿no hubieran sido hace ya dos siglos pueblos republicanos? Porque la Biblia es un libro lleno, desde las primeras á las últimas páginas, no diré de ideas, pero sí diré de sentimientos republicanos, y los sentimientos influyen con su poesía más aún que las ideas en los pueblos. El Nilo, el río de los misterios, al lamer las piedras de los sepulcros, lleva sobre sus cálidas aguas, que serpentean por el desierto, como la vía láctea por el cielo, la cuna de mimbres, donde va el enemigo de los Reyes, el salvador de los pueblos. Uno de los prisioneros y más bellos cánticos de la Biblia está consagrado á exaltar la rota de los Faraones y de sus caballeros, sumergidos en las aguas del férvido mar, que se los ha tragado, como si fueran piedra de los abismos. En cuanto las tribus en la Tierra Prometida se establecen, fundan una República, mandada por magistrados que se llaman jueces. Y el día que cualquier tirano se levanta, los sentimientos de la libertad y el habla elocuentísima de los tribunos vibran hasta en el corazón y en los labios de sus mujeres. Jahel ha clavado con su martillo la estaca en las sienes del tirano Sisara. Débora canta bajo la palmera el triunfo de los humildes sobre novecientos carros de guerra, todos chapeados de hierro, y todos sumergidos en las ondas del torrente Cisón. Cayéronse á las plantas de Gedeón las diademas de oro y los mantos de púrpura de las sienes y de los hombros de los príncipes de Madián; y los soldados de éstos murieron en el campo, como mieses mordidas por la hoz del segador. Jephté se vengó de su pueblo, que le había despreciado por hijo de una ramera, salvándole de conquistadores y de tiranos. Demóstenes no ha hablado contra los Reyes de Macedonia como el último de los jueces habla contra los Reyes que desean y piden sus extraviadas tribus. Parece que todavía, cuando se quiere condenar las veleidades de las muchedumbres por sus amos, hay que volver á imitar aquel sublime lenguaje, y hay que anunciar aquellas mismas plagas. El discurso de Samuel se repite de siglo en siglo, así en las imprecaciones de Dantón contra los Reyes de Francia, como en las escenas de Schiller. Todo tribuno dirá á todo pueblo lo mismo: ¿Queréis Rey? Vuestras tribus serán esclavas. Uncidos serán vuestros hijos á los carros del Rey, como bestias. Al nacer, naceréis con la marca de vuestra ignorancia, y seréis, desde el vientre de vuestras madres hasta el vientre del sepulcro, propiedad de otro, como los terrenos del campo, como los borregos del ganado. Unos iréis

delante de él, como cabestros, y otros iréis detrás de él, como recuas. Dispondrá de vuestros caballos y de vuestros caballeros, ya para su regalo y para su corte, ya para su odio y para sus guerras. Empaparéis la tierra con vuestro sudor, y el fruto será para él. Empaparéis el campo de batalla con vuestra sangre, y para él será la victoria. Sembraréis, y él cosechará. Vendimiaréis, y él se emborrachará. Engendraréis, y él dispondrá de vuestros hijos. Ya no os llamaréis los elegidos del Dios de Israel, sino los eunucos del serrallo del Rey. Vuestras hijas deben untarle el cuerpo de aromáticos unguentos, y luego entregarse, como meretrices; á su lascivia. Os repartiréis entre sus cortesanos, como se reparte y distribuye una manada. Ya no dependerá ni la vida ni la hacienda de vuestra voluntad, sino de su capricho. Mullid los cojines en que se acueste. Lamed las plantas con que pise vuestra cabeza. Dejad que se tienda sobre vuestras espaldas, y que haga remos de sus galeras vuestros brazos. La sangre, la honra, la herencia paterna, vuestras hijas y vuestras esposas, todo será propiedad del Monarca, dueño de Israel, como de un predio. Y, como lo queréis, queréis una mordaza para vuestros labios, un freno para vuestras quijadas, argollas para vuestros cuellos, esposas para vuestras manos, grillos para vuestros pies, la noche en la inteligencia, la muerte en el corazón, la humillación ante Dios, la deshonra ante el mundo.

Las terribles profecías se cumplen. La Historia de la monarquía confirma desde sus primeras á sus últimas páginas todas las amenazas del profeta. El rey escogido por aquel pueblo, que se olvida á un tiempo de su religión y de su República, ensobberbécese, llénase de orgullo como el ángel rebelde, creese un Dios, y no se contenta con la sencilla magistratura política y civil, sino que sueña con la magistratura religiosa y sacerdotal, para oprimir bajo sus férreas manos cuerpo y alma de sus imbeciles vasallos. Inútilmente los más grandes reyes suben al oriental y pagan trono de donde Dios está ausente. David, sólo David brilla por algunos momentos; pero su persona es un mentís dado al principio monárquico, principio de trasmisión hereditaria, de casta oriental, porque David es un pastor á quien ha exaltado, no su cuna, sino su mérito. En cuanto al principio hereditario aparece, con el principio hereditario aparece también el horrible crimen que entraña la monarquía, institución radicalmente contradictoria de toda justicia. Salomón es el rey por excelencia. Todos los dones de la hermosura han caído sobre su persona, todo el fuego y toda la luz de la ciencia sobre su entendimiento; los pueblos lejanos le celebran, los magos de Oriente le buscan, los reyes le necesitan; bajo su cetro álzase el templo de Dios vivo, que las maderas de los cedros del Líbano coronan; que las piedras talladas por los trabajadores de Tiro y Biblos forman; que el hierro, el bronce, la plata, el oro fundidos por Hiram esmaltan; que el Arca de la alianza santifica; que un holocausto de veintidós mil bueyes y ciento veintidós mil carneros inaugura; que los presentes traídos por las naves surtas en los puertos del Mar Rojo para el Oriente, para Ophir, para el Occidente, para

Tharsis enriquecen; que la sabiduría de su fundador ilumina; mas como nada corrompe tanto en el mundo, como nada es tan funesto y homicida cual un poder absoluto, el rey cuasi divino envenena su corazón de artista con todas las abominaciones del vicio, debilita sus fuerzas de guerrero con todas las flaquezas de la molice, mancha su inteligencia de sabio con todas las fábulas de la magia, oscurece su fe de creyente con todos los errores de la idolatría, y muestra con otro ejemplo más que no puede el mayor entre los hombres ser alzado á las alturas del trono y convertido en una especie de Dios, sin trocarse por esta derogación á las leyes de la naturaleza en miserable bestia. Y así la monarquía, de tropiezo en tropiezo, de derrota en derrota, de caída en caída, con los primeros representantes de la dinastía de David, rompe, destroza la unidad de Israel, divide, dispersa las tribus unidas por la República, y con los últimos, entrega el reino al extranjero, la raza al cautiverio, la ciudad santa á la desolación y al saqueo, el templo al incendio. Leed á los profetas. Isaías grita: «gentes corrompidas, dejasteis el templo de Jehová para tomar el camino del templo de los ídolos. Enferma la cabeza, enfermo el corazón, los pies hinchados, los miembros doloridos, sois todos, hijos de Israel, una llaga que no curará la pomada ni ablandará el aceite. No quiere Dios holocausto, no le importunéis con el humo de vuestro sacrificio. Jeremías, desolado llora. La ciudad poblada antes se halla solitaria; la esposa de los reyes viuda; la reina de los pueblos sujeta á tributo. Los soldados, que debían rugir como leones para defender á Sión, corrieron como cervatillos. Las vírgenes que la halagaban con sus cánticos, fueron, los pies desnudos y las manos atadas á la espalda, cautivas á los serrallos de Oriente. Ezequiel canta: «Tú eras una parra plantada en regadío. Tus pámpanos daban sombra á pueblos enteros, y tus sarmientos, eran tan fuertes, que los tomaban los reyes por cetro. Mas el viento solano te ha consumido como el fuego al heno seco». Y Daniel exclama: «Tu tirano ha levantado su efigie en una estatua áurea de setenta codos de altura. El pregonero te llama en alta voz para que vayas á bendecirla y adorarla de hinojos. Oseas oye los sonidos estridentes que producen las trompetas de los ángeles. Y la tierra se conmueve como si llevara feto abortivo en sus entrañas». Joel tiende su vista y no ve campos. La oruga se ha comido sus árboles y la langosta sus sembrados. Los ancianos ya no duermen sino en la embriaguez, y las mujeres ya no velan sino para el placer. Los sacerdotes se han vestido de luto y los profetas de cilicio. La cólera del cielo ha consumido el granado de rojas flores, la higuera de morados frutos, la vid cargada de racimos, la palmera del desierto con sus dátiles de oro. Amós reconviene á Israel porque Jehová lo prefirió entre todos los pueblos, é Israel negó á Jehová ante todos los dioses. Abdías le dice al pueblo que la soberbia de su corazón le ha perdido, y que en vano querrá levantar su morada allá donde el águila pone su nido, porque está más alto aún el rayo de los cielos. Jonás anuncia la caída de Nínive después de la caída de Jerusalén y convoca las plañideras del mundo al entierro de las protervas ciudades y de los soberbios

reyes. Miqueas se quejaba de que donde Dios puso su casa de oraciones, los hijos de Jacob han puesto casa de prostitución; donde Dios las tablas de la ley, los hijos de Jacob las esculturas de Samaria. Nahun mira cómo pasa Jehová con su ejército de ángeles. Los montes tiemblan; los collados se derriten; á una palabra suya el mar se ha hinchado de tormenta y los ríos se han salido de madre. Abacuc clama, y Dios no le oye. En vano busca á su Criador como el incienso al cielo. No hay piedad para Israel. Sophonías se desespera en noche de espesas tinieblas. Las estrellas se han vuelto cenizas y el sol pavesas. Las nubes han llorado fuego. La tierra, agitada como una caña, ha tocado en los profundos abismos. Los hombres han muerto como los peces que se quedan en seco. Tu cólera, ¡oh Jehová! acaba de pasar sobre Israel. Aggeo verá los carros tropezar en las piedras del camino, los jinetes perder sus caballos, é Israel ahogarse como Faraón, pero en mares de lágrimas. Malachías maldice á su pueblo, porque después de ofrecer ofrenda voluntaria á los ídolos, ha querido ofrecer ofrenda forzosa á Jehová. Zacarías canta la esperanza de Judá, y cree que las entrañas de su tribu engendran un justo, y volverá á sentarse el Señor sobre las montañas de Sión.

¿Qué vienen á ser todos estos profetas con su cólera en el alma, con su maldición en los labios, con sus rayos en las manos? Los defensores del espíritu republicano contra la tiranía de los reyes. El Rey quiere unir por alianzas su pueblo con los pueblos idólatras, su Dios con los dioses paganos, su vida con la extranjera vida. Pero se oponen los profetas, que llevan el espíritu divino en su mente, y que saben la divina misión de Israel, destinado á guardar sólo una idea, la idea de la unidad de Dios contra las asechanzas de todas las idolatrías, para que sirva de raíz á la religión y á la moral del mundo por venir. Así, toda su elocuencia se emplea en maldecir á los reyes y á los ídolos, verdaderos dioses de los reyes. Así, huyen á los desiertos, se encierran en las cavernas, se comunican allí con lo infinito en la naturaleza, forjan las aceradisimas espadas de su palabra, salen vestidos de sayal y de cilicio á los caminos, á las encrucijadas, para protestar contra la tiranía de los reyes é iluminar con la esperanza en Dios el alma de los pueblos. Por eso las páginas de la Biblia han derramado muchas y muy grandes inspiraciones republicanas. No solamente le han robado la sublimidad Miguel Angel en las figuras del Vaticano, y Palestrina en las cadencias de su música; el poeta republicano Milton, el general republicano Cronwell, las tribus republicanas que se formaron en las grandes ciudades donde se leían los libros de Dios, las tribus de los puritanos han debido á esas magníficas maldiciones de los profetas lanzadas sobre los reyes, y sobre los pueblos idólatras de los reyes, la mayor parte de su maravillosa elocuencia. Y así, digo yo, trayendo todas estas reflexiones á mi tesis, que las escuelas más ortodoxas de Alemania, las más protestantes, las que tendieran á encerrarse dentro de una tradición más pura y á tomar un carácter más intransigente, no podían salir de una recomendación vivísima de la Biblia, y al recomendar-la